

LIMA LUMPEN

UN DÍA DE MIÉRCOLES.

Percy Javier

[Interior. Restaurante de la ciudad. Noche]

De pie, tres hombres con armas empuñadas amenazan a los comensales, quienes ahora están en el piso boca abajo.

No lo sé aún, pero creo que me volveré a comprar una pistola. Sí, tendré el valor de disparar a la hora que alguien intente asaltarme; lo haré, dispararé directo a la frente, entre sus ojos, para que no me mire feo, para que se trague su lengua y deje de gritarme como a su criado. Mira como la gente está asustada, agazapados, aterrorizados, tirados como gusanos en el piso del restorán, mientras yo miro al pedazo de mierda que me está apuntando al pecho. No lo veo con desprecio, tampoco con rabia ni menos con el temor de un cuy. Lo miro nada más, lo miro y remiro para oír sus palpitaciones, calculo sus movimientos, un error es lo que estoy buscando, una minúscula desatención, que me dé la espalda estoy esperando. Ahí vienen dos más, con sus gorritas acubanadas de raperos de barrunto, sus poleras y sus cabezas cubiertas, de piel tiznada como la aceituna: ojos saltones, mentón de simios, nada delicados, por supuesto. Piernas gruesas y anchas espaldas, todos con el brazo extendido y sujetando sus pistolas. El que me mira está a punto de soltarme un cachazo en la testa, lo admito, me lo he ganado por verle a los ojos y que él intuya que no hay miedo alguno en mi mirada. Aleja los dedos del gatillo para darme de lleno con el metal de la cacha. Error, cabrón. No esperabas mi jugada de prestidigitador. En segundos tus ojos violentos se abrieron desmesuradamente ante el cañón de mi Browning. Mi mano fue más rápida y mi índice en el gatillo era un garfio letal. El boom de mi bala atravesó tu cráneo y te despidió de esta vida para siempre. Los otros dos giran al unísono hacia el lugar de la detonación.

El de polera blanca no tiene tiempo de abrir fuego, cae hacia atrás, perforado por tres de mis balas, todas en el centro de su fornido pecho. El tercero huye como carnero chúcaro entre las sillas mientras me dispara. Ni loco que he quedado quieto, salto

como gato de un lado a otro disparando, es él o yo. Nada me importa en ese momento, ni la bala que ha rozado mi rostro, ni la sangre que mana hacia mi cuello. Disparo y disparo. Vamos los dos hacia la puerta de salida. Sé que él me dará la espalda, no tiene ojos allí. No hay forma que su brazo enfoque mi silueta. En cambio yo lo tengo a tiro de cañón, mi mente está quieta, mi cuerpo es veloz y elástico, disparo y le vuelo la tapa de los sesos. En el piso lo remato con dos balazos más. Es hora de que me vaya. Si me quedo, el fiscal y los polis me harán la vida a cuadritos. No estoy para perder el tiempo con esos bastardos. Tengo que ir a descansar al hotel, donde paso casi todo mi tiempo las veces que vengo a Lima. Mañana volveré a la puna, donde tengo una cabaña que mi abuela ha heredado para mí. Tres menos. Pero hay más. En *Lima Lumpen* la vida no vale nada. A tener cuidado, pues.

LIMA LUMPEN.

Manuscrito de novela.

EL CAPITÁN CARLOS

CONOCIENDO LA VERDAD.

Percy Javier

[Interior. El Cordano. Día]

Esa noche tibia en Madre Mía, hubo un tizne rojo en el río. La quietud del cuerpo en el lecho arenoso era el testigo mudo de la orden del Capitán Carlos.

-¡Muerto! -gritó-. ¿Entendió, teniente?

No respondió; simplemente asintió con la cabeza. «¡Qué querías que hiciera!», me dijo veinte años después en *El Cordano*, al costado de palacio.

-Ese hijo de puta es el Capitán Carlos.

Yo tenía sujetada del borde la fotografía ampliada que mansamente dormía sobre la mesa, a esa hora de la mañana ya cubierta por un mantel de tela a cuadritos rojos.

-¿Estás seguro? -pregunté otra vez.

-Claro, huevón -señaló con el dedo-. Es el mismo hijo de puta.

-Cómo puedes estar tan seguro -lo miré a los ojos-, han pasado más de veinte años.

-Es -dijo muy seguro-. Si vas a *Madre Mía*, seguro que muchos te dirán lo mismo.

Salí del viejo café aún más consternado por la noticia que había confirmado. El frío de aquel invierno se me metía hasta los huesos. Ajusté los botones hasta el cuello y miré el frontis de palacio. La bandera rojiblanca flameaba en lo alto del mástil, los *Húsares de Junín* empezaban su show para los turistas. Crucé la plaza de armas rumbo a la revista *Caritas*. En el primer piso me crucé con Ch. Varguitas, el practicante a fotógrafo del tío Belcebú. La esposa del Chino Domínguez salía corriendo con su rostro apretujado por la prisa, y la cámara en ristre para la próxima marcha. Yo era aún un inexperto aprendiz de periodista que más pensaba en el partido de fútbol del domingo, que en los reportajes de la revista; pero estaba ahí, olfateando con mi nariz ingenua a las fieras del periodismo

nacional. Aún me pregunto en los linderos de mi próxima muerte, si fue suerte vivir con esos hombres de prensa, oírlos, en medio del humo de los cigarrillos, encontrarlos en el Koala o en el Torreón.

Subí las escaleras curvas y largas hasta el sétimo piso de jirón Camaná. Ingresé a mi cubículo, un pedazo de triplay con una máquina de escribir Remington y hojas numeradas por renglones para no escribir demasiado, para escribir lo justo. Puse la fotografía del soldado con su fusil Akm en bandolera. Sí, pues, era el mismísimo presidente que había juramentado ante el Congreso.

-Mierda -dije-.

No sabía cómo llevarle el asunto a César H. No podía pasar por encima, e irme a hablar con Don Enrique. Me mandaría al carajo. Yo no estaba en la célula de editores que se reunían con él los lunes por la tarde. Era un advenedizo, un imberbe de barrunto, una inocente paloma que se refugiaba en el periodismo con la idea absurda de convertirse en escritor, algún día. Igualito que el pobre de Ugarriza, que despotricaba de los miraflores que dirigían la revista, pero que comía de ellos.

Lo cierto es que la tutuma la tenía bulliciosa y alterada por la información que la fiscal me había proporcionado.

EL CAPITÁN CARLOS.

Manuscrito de novela.

CASTILLO CERCADO

SE ACERCA EL FINAL.

Percy Javier

[Interior. Palacio de Gobierno. Noche]

El palacio de gobierno es ahora un lugar lúgubre donde Pedro Castillo Terrones pasa sus últimos días en libertad.

Cercado por la fiscalía y las investigaciones periodísticas de algunos medios, el presidente da muestras de agotamiento político. En menos de doce meses de gobierno más han sido sus yerros que sus aciertos. Su caída en picada en las encuestas es la prueba de su desgobierno. El Congreso de la República, por su parte, dispara a la nave del ejecutivo, pero aún sin dar en el blanco. Solo algunas esquirlas han volado cabezas en la popa. El timón de proa sigue intacto, con un jefe de Estado al borde de un ataque de nervios, y paralizado por la tempestad que se cierne en el horizonte.

El profesor de Chota no ha dado la talla. Su ignorancia de las políticas de Estado y la administración pública le han pasado factura. El sindicalista callejero es un cero a la izquierda como estadista. Su filiación comunista, también, le ha añadido el ataque virulento de una derecha desde su ascensión al poder. Sin embargo, sus coqueteos con organizaciones mafiosas, al parecer, sería su talón de Aquiles y el final de su aventura política.

Al momento de la redacción de este artículo su entorno más cercano está siendo buscado por la policía, y varios de sus aliados de campaña están con prisión preventiva, como los denominados «Dinámicos del Centro». El final es previsible; sin embargo, en su regodeo por el poder, Pedro Castillo Terrones no avizora la caída de su gobierno.

Los cuervos de la política peruana vuelan sobre el edificio del Congreso, porque intuyen que el próximo presidente del legislativo, probablemente, se convierta por arte de la vacancia

en gobernante de este inseguro país llamado Perú. El propietario de la universidad César Vallejo y sus satélites en territorio nacional, ha demandado que esa presidencia le corresponde a un miembro de Alianza por el Progreso. Sin rubor y con la ostra más grande del mundo, el político sin ideología ni ideólogos, el recolector de personajes sin trabajo, intenta imponer la absurda idea que a su partido político le corresponde ese liderazgo. Esa batalla ha empezado en el Congreso, mientras el inefable gobernante de Palacio de Gobierno no avizora ni en sus sueños que su cabeza está en el juego de tronos de los legisladores. Ni éstos ni él observan la decadente realidad que se cierne en las calles a lo largo de la nación, dónde la inmigración de delincuentes venezolanos cobran vidas de peruanos a balazos, y donde las bandas criminales de peruanos han aprendido de la bestialidad y el despiadado salvajismo de los extranjeros.

Extorsiones, secuestros, proxenetismo, robos, asaltos, chantajes, estafas, todo ello con violencia extrema diezman la moral y tranquilidad de los ciudadanos. Ante este panorama no hay ninguna política pública diseñada por el presidente de la república ni su ministro del interior. Una prueba más a tener en cuenta en la próxima elección. El sindicalista magisterial resultó un inepto en planificación gubernamental. Y, como no, por omisión de funciones, en causante de nuevos crímenes y asesinatos.

LIMA LUMPEN.

Manuscrito de artículo.

EL ASESINO DE LOS CERROS

SORPRESAS TE DA LA VIDA.

Percy Javier

[Interior. División de Homicidios. Noche]

En los primeros días todavía estaba desubicado en la oficina que tenía la hediondez de un bar fumigado.

Acariciaba su pistola, y esperaba entrar en acción lo más pronto posible. Los observaba y sabía que ahí todos eran pendejeretes, vivazos y criollazos. Los de su especie no encajaban entre esos machos de voz estentórea y aguardientosa. Acariciaba su pistola, miraba una y otra vez su placa. Quería entrar en acción. Esperaba salir pronto a la calle y jugar esta vez en serio su rol de policía.

-¿Teniente Urquizo? -una cabeza apareció al filo de la puerta.

Se puso de pie. No, él no se parecía en nada a esos abejorros chúcaros. Era de delicadas facciones, cabellos bien acicalados, traje pulcro y de buen gusto.

-Lo llama el comandante -la cabeza desapareció.

El novato Urquizo atravesó el corredor frío, de cemento puro, de piso hosco hasta llegar a la oficina del comandante Ugarte. La mujer que estaba en el escritorio escaneó de pies a cabeza al teniente. Sus ojitos brillaron. Se puso de pie y como una gata en celo dio unos pasos calculados para mover sus ancas y observar si Urquizo pestañeaba.

-Por aquí, teniente -dijo.

La oficina era amplia, con el cuadro del presidente de la república empotrada en la pared, la banderita de la patria a un costado, y en el centro, un regordete le sonreía.

-Urquizo, qué gusto que ya esté con nosotros -Alargó la mano y apretó-. El hijo de mi promoción, carajo. Igualito a tu viejo eres. ¿Cómo está el general, Urquizo?

-Bien, señor -dijo el teniente.

-Tú sabes que con tu viejo estuvimos en Ayacucho persiguiendo a la condenada de Edith Lagos.

-Sí, señor.

2

[Interior. Restaurante. Noche]

Ahí está ella, al pie de mi mesa, ofreciéndome sus caramelos.

Unos trece o quince años, no más. Escualida, huesuda y de piel cetrina, cabellos ensortijados de zamba. Ojos tristes pero traviesos. Pantalón apretado y una blusa coqueta enseñando los hombros tersos y delicados.

-Una ayuda, señor -dice.

-No tengo -le contesto.

-¿Cómo no va a tener? -replica.

-No tengo -repito.

No se mueve la condenada. Tampoco dice nada. Me lanza su mirada más triste, pero, intuyo que es una actuación aprendida frente al espejo de su dormitorio. No le presto caso, ya no está en mi mente, pues, la copa de vino está al borde de mis labios. Apenas es una silueta difusa, un duende, una sombra. Echa sobre la mesa varios caramelos.

-Un sol -dice.

Le clavo mis ojos en sus ojos. Impávida deja que mi furia se diluya y se derrita antes que atraviere su córnea. No se mueve. Es una estatua, de hielo.

-No tengo -digo.

-Sí tiene -dice-. Yo sé que tiene.

Maldita sea. Esta pequeñuela no me va a dejar en paz. Estoy harto de poder leer en solitario y en silencio, como lo hacía hace unos años, en estos bares de *Lima Lumpen*. ¿No se da cuenta que me está jodiendo la bendita tarde?

-Que no tengo nada, niña.

-¿Niña? -se envalentona, levanta la barbilla, curva las incipientes ancas, eriza sus senitos-. ¿Usted está ciego o qué?

Le echo una mirada. Observo a los lados. Ausculto la puerta del bar. Ya, claro. Ahí está, la cámara de video, grabando, esperando que diera ese paso para que el buitro o la zorra entrara micrófono en mano a joderme el día.

Pendeja, vivaza, a sus trece o quince años. Echando el anzuelo a un tío como yo. Pero, pelotas ni huevas. A mí me jode que a tan tierna edad se vendan a un reportero hijo de puta. Ganas no me falta de mandarla a la mismísima mierda. Me pongo de pie, salgo a la calle, destrozo la cámara en mil pedazos y al canalla de la prensa le rompo la nariz de un solo puñetazo. En *Lima Lumpen* si te ponen, te siembran o te centran estás más que jodido. A cuidarse, pues.

LIMA LUMPEN.

Manuscrito de novela.